



N.º
9

¡Señora, échese algo encima!

POR

Virginia Valli, Nancy Carroll y Lawrence Gray

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE N.º 9

LADIES MUST DRESS
1927

¡Señora, échese algo encima!

Sugestivo asunto interpretado por

Virginia Valli, Nancy Carroll,
Lawrence Gray y Earle Foxe

Es una producción F O X

Distribuída por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis · BARCELONA

Postal obsequio: CLARA BOW

¡Señora, échese algo encima!

Argumento de la película

I

Era uno de los más formidables almacenes de modas de la capital. Centenares de clientes desfilaban todos los días por sus diversos departamentos, repartidos por varios pisos de la casa.

Entre los muchos dependientes de la casa nos detendremos ante uno, encargado de una de las principales secciones y que por varios concepitos se distingue de los demás.

Va muy elegante, aunque con elegancia un poco chillona de dependiente, y no es mal parecido ni muchísimo menos. Pero lo que en seguida se echa de ver en él como su característica primordial es la alegría y la ligereza de su carácter. Todo tiene para él un lado cómico. A pesar de que está casado, y con una mujercita que quita la cabeza, le gustan todas.

Veámoslo en este momento. Una joven acaba de entrar y se ha dirigido resueltamente hacia Arturito.

—Unas ligas, ¿me hace usted el favor?

—Ya lo creo. Estoy a sus órdenes. Verá usted las mejores ligas que se fabrican en América. Pero veamos el tamaño; ¿tiene la bondad?

Y se ha inclinado sobre el mostrador.

La dama, inconscientemente, se recoge las faldas y le muestra las ligas que lleva.

Y Arturito se queda tan embelesado que la dama comprende lo que acaba de hacer y la intención del dependiente.

Esto la enfurece.

—¡Es usted un sinvergüenza! Se lo contará a mi marido y él le ajustará las cuentas. ¿Qué se ha llegado usted a figurar?

Matilde, la deliciosa cónyuge de Arturito, trabaja también en el almacén de modas y tiene su puesto frente al de su marido.

Es una rubia encantadora, una muñeca viviente que sabe reír y mirar de modo incomparable.

Ha seguido con atención toda la escena desarrollada entre su esposo y la hermosa clienta y al llegar al detalle de la liga, ha dado un puñetazo sobre el mostrador y se dirige hacia Arturito.

La dama sigue increpándole, pero Matilde la tranquiliza con estas palabras:

—Váyase tranquila, señora y déjelo de mi cuenta.

Y cuando queda a solas con su marido, el cual tiembla de pies a cabeza, se encara con él y, después de dirigirle cuatro o cinco frases que son otros tantos bofetones, le dice levantándose la falda hasta más arriba de la liga y golpeándose la pierna que, por cierto, es impecable de forma:

—Y si alguna vez quieres ver ligas, aquí tienes las de tu mujer.

—Te aseguro, Matilde...

—¡Cuerno! Aquí no hay más ligas que las mías, y éstas son las únicas que puedes mirar. ¿Estamos?

Y sigue golpeándose la preciosa rodilla.

En este momento un joven de apariencia castigadora ha entrado en el almacén. Es Jorge Ward, el hijo del dueño.

Al ver la pierna de Matilde se ha detenido y la contempla encantado.

—¡Vaya prodigo!—se dice—. Con una pierna así me iría yo al otro mundo.

Después, cuando Matilde vuelve a su puesto, Jorge puede darse cuenta de que la perfección de aquella pierna se extiende a todo el cuerpo. ¡Qué líneas, qué gracia de movimientos, qué ojos, qué boca, qué cara!

Jorge no puede menos de dirigirse a ella.

—¿Quiere usted enseñarme unas corbatas?

—Con mucho gusto—responde Matilde.

Antes de seguir adelante diremos que Matilde es tan aficionada al *flirt* como su marido: algo ha de hacer con sus preciosos ojos y su enloquecedora boca.

Al decir "con mucho gusto" ha enseñado intencionadamente sus dientes blanquísimos y perfectos.

Y entonces Jorge se ha olvidado de las corbatas.

—¡Vaya tontería que comete usted estando aquí encerrada con esos ojos y con esa boca!

—No me los puedo quitar.

—Felizmente. Sería una lástima que ese rostro no pudiera mirar ni...

—¿Hablar?

—No, señorita: ni besar.

—Para usted es lo mismo que pueda besar como que no.

—Desgraciadamente.

—Bueno; usted dirá qué corbata quiere.

—Apárteme usted unas cuantas, las que usted quiera. Soy Jorge Ward, el hijo del dueño de este almacén.

—¡Qué gracia!—exclama Matilde—. Yo soy la reina de Portugal.

—Le aseguro a usted...

—Vaya usted con viento fresco. El hijo de nuestro dueño no es tan tacaño como usted y compra las corbatas a docenas.

Jorge ríe de buena gana. Sin cesar de mirar a Matilde que, tomándole por un pelma, le dice las mayores inconveniencias, llega al puesto de Arturito.

Arturito lo ha presenciado todo y cómo estará de indignado, que un cliente le ha pedido hebillas y él le ha sacado bolsos de señora.

Al tropezarse con Arturito, Jorge, que no cesa de sonreír y de mirar a Matilde, le dice:

—Oigame, ¿quién es esa graciosa muchacha?

A lo que Arturito, trémulo de ira, responde:

—Esa encantadora muchacha es Matilde Ferragut: ¡mi esposa!

II

Jorge, ante la tremenda plancha, tomó las de Villadiego y en seguida se presentó el encargado ante Arturito, al cual envió al departamento de artículos de cocina, como castigo por las muchas quejas que daban de él los clientes.

Cuando Jorge llegó al despacho de su padre, había tomado una resolución heroica. Trabajaría en el almacén, pues estaba viendo que allí había mucho más "porvenir" que en los cabarets que frecuentaba durante la noche.

Al pasar por el departamento de mecanógrafas se ratificó en esta idea. No podía sospechar que la casa de su padre estuviera tan bien de elemento femenino.

El padre de Jorge acogió con entusiasmo la idea de su hijo.

—¡Por fin te conduces como un hombre y honras tu apellido!

Llamó al encargado del personal y le dijo:

—Mi hijo viene a trabajar. Déle usted el despachito inmediato y destínele a la señorita Jones como secretaria.

Jorge fué conducido a su despacho y cuando el jefe del personal le dejó solo su primera idea fué averiguar quién era la señorita Jones, es decir, cuál de aquellas preciosidades que acababa de ver le habían destinado para que compartiera con él la soledad del despachito.

—¿Quién de ustedes es la señorita Jones?

Entonces ocurrió algo que dejó a Jorge per-

plejo. De las profundidades de la sala salió una muchacha que repuso:

—Servidora.

La "servidora" era una muchachita delgada e insignificante. La causa de esta impresión era su modo de vestir: zapatos bajos, medias de algodón, una especie de hábito que le llegaba bastante más abajo de la rodilla.

Parecía cualquier cosa antes que una mecanógrafa.

Tímidamente añadió:

—Estoy a sus órdenes, señor Ward.

Jorge logró reponerse.

—Será usted mi secretaria, pero puede tomarse todo el tiempo que quiera. Ya se puede usted ir a almorzar.

Después hizo dar un paseo a las demás mecanógrafas y cuando pudo apreciar en todos sus detalles la que más valía, no como mecanógrafa, sino como mujer, entre ellas, la hizo pasar a su despacho, comenzando inmediatamente el flirt.

* * *

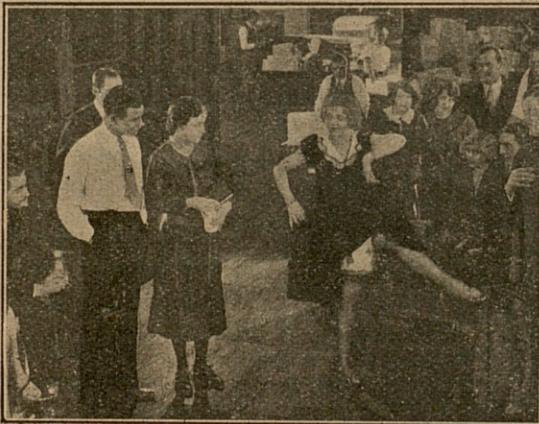
La hora de almorzar en la oficina de Ward era la más divertida para los empleados de la casa. Se reunían cerca de la cantina que había en el mismo establecimiento y allí charlaban de todo menos del trabajo, lo cual constituya para ellos la mejor diversión.

Esta vez se reunieron con más alegría que de costumbre, pues tenían que tratar de la jira campestre que anualmente realizaban.

Matilde era la que armaba más ruido y Arturito aprovechaba la distracción de su mujer para flirtear con sus compañeras.

—Ya veréis como me llevo el premio de baile este año—gritaba Matilde tan entusiasmada como si ya se lo hubiera llevado.

Y para demostrarlo comenzó a bailar, levantando ágil y graciosamente las piernas y dando vueltas que le hacían mostrar las bellezas inferiores de su cuerpo.



Y para demostrarlo comenzó a bailar... ...

Entretanto, desde una de las ventanas del almacén, Eva Jones, la mecanógrafa desdifiada por el hijo del dueño, contemplaba, acompañada de su novio, el arte desplegado por Matilde en sus bailes un poco subidos de color.

El novio, Pepe, era un muchacho que tenía las simpatías de todos. Llevaba diez años en la

casa, en los almacenes, pero no se vaya a creer por ello que fuera viejo: al contrario, estaba en la flor de su juventud y más de una compañera de Eva hubiera querido arrebatárselo.

Pepe amaba de verdad a Eva, pero su modo de vestir le parecía tan desagradable como se lo había parecido al hijo del señor Ward.

Ahora, al contemplar a la graciosa y desenvueelta Matilde, no pudo menos de decir:

—¿Por qué no has de ser como Matilde y como las demás? ¡Tanto como me gustaría verte ganar un premio en la fiesta!

Eva miró primero a Matilde, que seguía bailando y enseñando sus bellas piernas y después a Pepe, que la contemplaba embelesado.

Algo muy rápido y triste pasó por su alma que la obligó a decir:

—Comprendo que te guste más el carácter de Matilde que el mío y no quiero ser un obstáculo para que encuentres una muchacha como ella.

Y se quitó el anillo de prometida que Pepe le había regalado días antes y trató de devolverlo a su novio.

Pero éste la reprendió:

—¿Qué es eso? Vuelve el anillo a donde estaba. A mi novia no la cambio yo por nada en el mundo. Mi novia, bailando o sin bailar, es siempre la misma para mí.

En esto llegó Arturito.

—¿Qué hacéis aquí tan solos?... ¿Acaso modesto?

—De ningún modo.

—Entonces me sentaré aquí a comerme tranquilamente este sandwich.

Y se sentó sobre un cajón y comenzó a devorar un sandwich.

Entretanto, había llegado al grupo presidido por Matilde un vendedor ambulante de vestidos que los daba muy baratos.

Matilde se enamoró de uno azul y, arrebatándoselo al buhonero, echó a correr en busca de Arturito.

Entró en los almacenes y allí lo halló al lado de Eva y de su novio.

Corrió hacia él.

—¡Mira, Arturo, qué vestido tan lindo! Sólo vale cinco dólares. Cómpramelo.

Arturito se había echado a temblar al oír lo de los cinco dólares.

—No puede ser. Me cuestas más cara que si me hubiera casado con Josefina Backer.

—¡Anda, tonto! Si este es el último. Verás qué guapa está tu mujercita.

“Mujercita”, había dicho “tu mujercita”. Cuando le hablaba de este modo, Arturito se veía perdido. Y, por si esto era poco, Pepe intervino:

—Anda, hombre, dale los cinco dólares... Y tú, Eva, ve con Matilde y cómprate uno también.

Arturo se vió precisado a soltar los cinco dólares, por lo que el sandwich le sentó tan mal como si la mantequilla se hubiera convertido en dinamita.

Matilde, con la alegría de verse con el vestido nuevo, echó a correr arrastrando a Eva.

Cuando Pepe y Arturito quedaron solos, aquél dijo al esposo recién saqueado:

—¡Qué feliz eres! Tienes una mujer inteli-

gentísima en vestidos. ¡Cómo me gustaría a mí que Eva fuera igual!

—¿Qué estás diciendo, desdichado? ¡Guárdate bien de que Eva aprenda lo que sabe Matilde! ¡Eso cuesta más caro que un rascacielos!

III

Eva no se compró el vestido, pero, a requerimientos de Pepe, Matilde se la llevó al día siguiente a una tienda de confecciones con el propósito de hacerle comprar algo que estuviera de acuerdo con las corrientes modernas.

Pero fué inútil. A Eva sólo le gustaban cosas horribles que llegaban hasta la laringe por arriba y, en cambio, se aterraba cuando Matilde le mostraba una prenda de ropa interior de las que ella era partidaria.

—¡Por Dios, Matilde! ¡Eso parece hecho con papel de fumar!

—¡Y eso con un toldo de café!

No hubo medio de entenderse. Matilde salió de la casa con un juego de falda y blusa, y Eva con las manos vacías.

—Ya me compraré mañana todo lo que necesite—dijo Eva—. Hay tiempo de sobra. Hasta pasado mañana no salimos de excursión.

Matilde no quiso insistir para no ofenderla. Pepe le había recomendado mucho que no la dejara entrever que era él el que la había encargado de poner a Eva presentable.

* * *

Y llegó el día de la expedición. Un camión enorme fué pasando por los domicilios de los excursionistas y recogiéndolos.

Los últimos iban a ser Eva, Arturito y Matilde, pues los tres, además de Pepe, vivían en la misma casa y en habitaciones contiguas.

Pepe, que ya iba en el camión, vió salir a Arturito apenas sonó la bocina de aquella especie de campo de fútbol con ruedas, y poco después a Matilde, vestida con la blusa y la falda que había adquirido el día anterior.

—No baja Eva con vosotros?

—La hemos llamado y dice que en seguida viene.

Entonces reparó Pepe en que Matilde iba hecha una monada con su preciosa blusa.

—¡Qué blusa tan bonita! ¿Se ha comprado Eva una igual? No he venido a casa en todo el día.

—No sé lo que Eva se ha comprado porque tampoco yo la he visto. Parece ser que nos reserva una sorpresa.

En este momento apareció Eva en el portal de la casa.

El efecto que su aparición produjo fué el mismo que habría producido la presencia de una indígena de Nueva Guinea vestida a la usanza del país.

Llevaba un traje ancho y largo y de un tejido que parecía el que se usa para confeccionar los trajes de los pescadores. Unos zapatos

que parecían zancos y un sombrerito que hacía juego con el vestido completaban aquella especie de disfraz.

—¡Qué horror!

—¡Catastrófico!

—Se debe de haber creído que vamos al África a cazar.

—Así se vestía mi abuelito para pelear con los indios del Oeste.

Estas y otras exclamaciones se oyeron en el repleto camión.

Pepe, azorado, no supo qué actitud tomar. Despues echó a correr hacia la casa y ganó las escaleras, ante el asombro de su novia, por el lado de la cual pasó sin decirle nada.

Por la escalera, que por cierto subió a grandes saltos, pensó Pepe lo que podía hacer para librarse del ridículo que correría al lado de Eva.

Eva, naturalmente, había subido tras él, pero cuando llegó a la habitación de Pepe ya estaba éste apercibido. Se había puesto un pañuelo a la cabeza y fingió una neuralgia.

—Quedémonos aquí, Eva. Pasaríamos una mala tarde.

—¡Claro, hombre! ¡Estando enfermo sería una locura! Te prepararé unas friegas y verás cómo te pasa.

Momentos después se presentó Matilde.

—Pero, ¿qué esperáis? La gente se impaciente.

—Pepe se ha puesto enfermo y no podemos ir. Matilde creyó adivinar.

—¿Qué es eso, Pepe? Hace unos minutos estabas perfectamente.

Pero Pepe le guiñó un ojo y Matilde no hizo más preguntas. Había acertado. La enfermedad de Pepe era el horror al ridículo. Se dió a pensar en el modo de solucionar el conflicto; pero, al oír insistentemente la bocina del camión, resolvió marcharse.

Aun no había llegado al primer tramo de la escalera, cuando se encontró con Arturito que subía.

—Es inútil. El camión se ha marchado ya.

—¡Estúpido! ¿Y tú lo has dejado marchar?

—¿Qué querías que hiciera?

—¡Detenerlo!

—Tú me has confundido con Sansón.

A los gritos, acudió Pepe. Se creyó en el caso de dar alguna explicación.

—Perdonadme, pero no he podido hacer otra cosa.

Estas palabras fueron captadas por el fino oído de Eva y, por primera vez en la vida, se dispuso a ser indiscreta. En seguida comprendió que la conversación podía interesarle y se acercó a la puerta para escucharla.

—Como comprenderéis—decía Pepe—no iba a ir con Eva llevando ese traje de aviadora arruinada.

—Lo comprendo, chico. Hubieras hecho el ridículo.

—Naturalmente—convino Matilde.

—A una novia en semejante facha no se la puede presentar en ninguna parte—insistió Pepe.

Eva hubo de reclinarse en la pared del cuarto para no caer. ¡Qué dolor y qué desilusión! ¿Podía quererla un hombre que hablaba de ella así?

Cuando entraron en el cuarto de Pepe, que es

donde Eva se hallaba, los tres comprendieron que algo grave acababa de suceder a la muchacha. Estaba blanca como la cera y apenas tenía fuerzas para sostenerse.

Pepe corrió hacia ella.

—¿Qué te sucede? ¿Te has puesto enferma?

Pero ella le detuvo y, sin pronunciar palabra, se quitó el anillo de prometida y se lo entregó con un gesto que evitaba toda réplica.

Después se echó a llorar y corrió hacia su cuarto seguida de Matilde.

Pepe estaba abrumado, desconcertado.

Arturito se acercó a él, contempló el anillo que su amigo miraba con estupor, y le dijo:

—Te advierto que mujeres que devuelvan a uno el anillo no se encuentran todos los días.

IV

Matilde dijo a Eva cuando ésta, llorando se arrojó en la cama:

—Te advierto que Pepe tiene toda la razón. Un traje como el que llevas sólo sirve para entrar en las minas.

Pero al comprender que por este sistema no conseguiría sino aumentar la desolación de la desdichada, se sentó a su lado y le estuvo dirigiendo palabras de consuelo hasta tranquilizarla.

Cuando vió que Eva estaba en disposición de escuchar sus consejos, le dijo:

—Es necesario que seas razonable, Eva. Visitiendo como vistes tú no se puede progresar en ninguna parte, ni siquiera en el Congo.

—A mi entender—replicó Eva—un traje honesto no debe avergonzar a nadie.

—¡No digas tonterías, Eva! Eres más cándida que la mermelada... Ven aquí, delante del espejo y tú misma juzgarás.

Y la condujo frente a la luna del armario.

—Contémplate tú y contémplame a mí. ¿Qué te parece más estético, más gracioso, más atractivo para un hombre, tu indumentaria o la mía? Vas a verlo mejor aún. Te vas a poner mi vestido y ya me dirás si no ganas el cien por cien. Empecemos. Quítate de encima esa tienda de campaña.

Eva obedeció y dejó ver la sinfonía blanca de su ropa interior. Primero unas enaguas que parecían un paracaídas, después una especie de chaleco salvavidas, luego unos pantalones que semejaban dos tubos lanzatorpedos.

Matilde estuvo a punto de desvanecerse.

—¿Pero hubieras sido capaz de casarte con Pepe llevando ese secreto en la conciencia?

—No creo que a Pepe le interese gran cosa mi ropa interior.

—¡Qué inocente eres! ¿Crees que Pepe se va a casar contigo para que le escribas a máquina? Entonces se desnudó ella.

Sin las ropas exteriores se apreciaba mucho mejor aún el contraste de aquellos dos cuerpos, el uno enfundado en holgadas y recias prendas y el otro vestido, o semi vestido, con sutiles crespones y encajes. Debajo aquellos primores surgían las maravillosas piernas de Matilde como una verdadera tentación.

Aun siguieron quitándose cosas, hasta quedar-se únicamente con la más indispensable. Lue-

go, Matilde fué poniendo a su amiga las prendas que ella se había quitado, después de hacerle recoger los largos pantalones a una altura conveniente. Hasta sus propios zapatos le puso.

Eva fué presenciando la transformación, real-



Hasta sus propios zapatos le puso.

mente maravillada. Jamás pudo sospechar que hubiera en ella tantos encantos ocultos.

Al fin, persuadida, exclamó:

—Tienes razón. Habré de vestirme así. Mañana me acompañarás a tus tiendas favoritas. Me

transformaré. Pero no para Pepe. Pepe ha terminado para mí. Cuando se quiere de verdad, el amor se sobrepone a todo. En vez de obrar así, Pepe me ha humillado.

* * *

La transformación fué *ruidosa*. Al verla entrar en el almacén vestida como una reina, Pepe fué el primero en asombrarse y anduvo todo el día detrás de ella.

Al fin logró que le escuchara y, después de pedirle perdón con un fervor que daba pena, la invitó a cenar aquella noche en un restaurante.

Eva no contestó que sí ni que no, pero es lo cierto que cada vez le era más difícil comportarse cruelmente con Pepe.

Este tomó por una afirmación el silencio y se fué más contento que unas pascuas.

¿Estaba dispuesta Eva a ir a cenar con Pepe? Sí. Le seguía amando por encima de todo y su débil corazón se había blandado a las primeras palabras.

Pero sucedió algo que malogró estos buenos propósitos.

Otro de los más asombrados del cambio de Eva Jones, había sido Jorge Ward, el cual estaba profundamente arrepentido de haberla rechazado como secretaria.

También anduvo todo el día dando vueltas alrededor de la mecanógrafa y como no hallaba ocasión para hablar con ella a solas, por la tarde, cuando todos los empleados de la casa se disponían a marcharse, Jorge detuvo a Eva:

—Usted, señorita Jones, quédese. He de dictarle una carta urgente.

Como es natural, no hubo tal carta, sino un galanteo insistente por parte de Jorge que acabó por tentar a Eva a dar una lección a su novio. Quería a toda costa vengarse de la humillación que le había inferido, quería que Pepe



Al fin logró que le escuchara...

se diera cuenta de una vez para siempre de lo que podría suceder si volvía a hacerla objeto de una ofensa parecida. Pepe quedaría bien escarmentado y su felicidad y la paz de su futuro hogar estaba asegurada.

Y aceptó el flirt. Y Jorge, animado, la invi-

tó a cenar y a ir después al teatro, todo en su compañía.

Eva lo aceptó todo. Es más, mujer al fin, aceptó, complacida de sentirse amada por un hombre de la categoría de Jorge Ward.

* * *

Entretanto, esperaba Pepe la llegada de Eva. Esperaba y anhelaba. Iba a ser aquella una noche memorable para su amor.

Eva tardaba, pero ello no extrañó a Pepe. Otras muchas veces la habían hecho quedar para escribir cartas urgentes. No en balde era la mejor mecanógrafa de la casa.

Estas reflexiones se estaba haciendo cuando oyó llamar a la puerta del cuarto.

Abrió.

Eran Matilde y Arturito.

—Te vienes con nosotros al cine?

—No, gracias. Estoy esperando a Eva. Me ha prometido venir a cenar conmigo esta noche.

—Me parece que es algo tarde para cenar. ¿Acaso no ha vuelto Eva de la oficina?

—No.

—Es extraño.

—Otras veces ha tardado más. Eres un ave de mal agüero, Arturo.

—Dispensa, chico, dispensa... ¡Vaya! Que te alivies...

Y tiró del brazo de Matilde, en tanto la puerta del cuarto de Pepe se cerraba.

Cuando volvieron del cine, vieron entornada la puerta del cuarto de Pepe. Arturito la abrió

para indagar, y vió que Pepe estaba sobre la cama, dormido y vestido de pies a cabeza.

Fueron entonces al cuarto de Eva, llamaron y al comprobar que nadie contestaba, Arturito dijo a Matilde:

—¡Malo, malo y malo!...

Después fué a despertar a Pepe.

—Pero, chico! ¿Qué haces ahí acostado y con la luz encendida?

Pepe se levantó de un salto.

—¡Caramba, me he dormido!

—¿Todavía no ha vuelto Eva?

—Aun es pronto —repuso Pepe, a quien el sueño había quitado la noción del tiempo.

—¿Sabes que es la una?

—¿Cómo la una?

—La una y más de un minuto —repuso Arturo mostrando su reloj.

Pepe se inmutó.

—¿Qué le habrá ocurrido a Eva?

—Espera un momento. Tengo una sospecha y quiero confirmarla.

Y se fué al teléfono y preguntó al portero del almacén si había visto salir a Eva y si había salido acompañada.

Poco después volvió con la infusa noticia.

—Querido Pepe, me lo figuraba. La mejor debía estar en la cárcel. Tu novia ha salido del almacén cogida del brazo de Jorge Ward, el hijo del dueño.

Dicho esto, Arturito hubo de refugiarse detrás de un mueble para librarse de las iras del novio ultrajado.

Cuando estuvo más tranquilo, quiso hacerlo acostar, pero Pepe exclamó:

—Acostarme yo? No me conoces. Si antes no le hinchara un ojo al hijo del señor Ward, no podría dormir.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se dirigía escaleras abajo.

Arturito dijo a Matilde que se acostara y echó a correr detrás de Pepe, no para disuadirle, sino para recomendarle que pegara fuerte. No podía olvidar que el tal Jorge había flirteado con su mujer en sus propias narices.

Ocultos en la escalera que daba entrada a los sótanos de la casa contigua, esperaron la llegada de la pareja.

No tardó en llegar un auto, del que descendió Eva, seguida de Jorge, el cual la acompañó hasta la puerta de la casa.

Cuando su novia hubo desaparecido por el portal y Jorge vuelto al auto, el cual arrancó en seguida, Pepe echó a correr, alcanzó al coche, saltó al estribo ágilmente, abrió la portezuela y se abalanzó sobre su rival.

Casi inmediatamente, vió Arturito que la portezuela volvía a abrirse y que Pepe salía por ella de estampía.

Acudió a socorrerle y vió que tenía un ojo en malas condiciones.

Poco después, en el cuarto donde se había encerrado, negándose a recibir las explicaciones de Eva, a quien Matilde había puesto al corriente de lo sucedido, Arturito consoló a Pepe con las siguientes palabras:

—Después de todo, no puedes quejarte. ¡Hay que ver el daño que se habrá hecho ese idiota de Ward al darte un pufietazo tan tremendo!

V

Eva estaba muy preocupada. Se había enterado por Arturo de que Pepe pensaba marcharse de la ciudad para no volver nunca más a ella y había comenzado por no acudir al trabajo aquel día.

Cuando saliera del almacén correría a casa y hablaría a toda costa con Pepe, para contarle la verdad de lo ocurrido y pedirle perdón.

Entretanto, Arturo estaba muy distraído con las dependientes de la sección de artículos de cocina, y a Matilde ocurría algo que merece párrafo aparte.

Jorge Ward, que no porque hubiera flirteado con Eva, se había olvidado de Matilde, la encantadora rubia cuyas piernas le habían determinado a trabajar en el negocio de su padre, la había visto sola al entrar en el almacén y se había dirigido a ella con su acostumbrada desfachatez.

Matilde, que desde que supo que aquel joven era realmente hijo del señor Ward, ardía en deseos de que la escena del primer día se repitiera, y más ahora, que sabía por Eva que Jorge acostumbraba llevar a sus amiguitas en automóvil, admitió el flirt y coqueteó de tal modo, que Jorge Ward acabó por mostrarle dos butacas del mejor teatro de la ciudad, invitándola a cenar con él en su pisito de soltero.

Matilde, que andaba tan corta de faldas como

de entendimiento, aceptó. También Arturito bromaba con todas las dependientes de la casa que lo merecían y con todas las clientas que le entraban por el ojo.

Para que no se le olvidara su dirección, Jorge le dejó una tarjeta suya debajo de una caja que estaba sobre el mostrador y que Matilde quitaría de allí en seguida.

Eva había presenciado esta escena casualmente y se acercó a su amiga cuando, después de marcharse Jorge Ward, extraía la tarjeta de debajo de la caja.

Se apoderó de la tarjeta y, después de leerla, preguntó:

—¿Para qué te ha dado esto?

—Para que yo sepa dónde he de ir esta tarde a las siete.

—¡Matilde! ¿Te has dado cuenta de lo que vas a hacer? Tienes un marido...

—¡Al cuerno el marido! Esta mañana hemos reñido, como de costumbre, y me ha dirigido los mayores insultos. ¡Estoy harta de él!

—Mira, Matilde, que no se sabe lo que se ama a una persona hasta que se la pierde. Mira que esto puede tener consecuencias que serían horribles para ti y para Arturo.

Pero Matilde respondió a los consejos con una carcajada.

—Sigues siendo una antigualla, como siempre!

Y se fué, dejando a Eva con la tarjeta en la mano y como alelada.

De pronto vió llegar a Arturo y se apresuró a esconder la tarjeta debajo de la caja.

Arturo había percibido el movimiento, pero disimuló.

—Venía a pedirte un favor, Eva. He tenido una discusión con Matilde y la he tratado demasiado duramente. ¿Quieres ver si logras que me perdone?

Y cuando Eva se fué en busca de Matilde, sacó la tarjeta de debajo de la caja, la leyó y se la guardó en el bolsillo.

* * *

Antes de salir del almacén, Eva escribió una carta, que envió a casa de Arturo con un botones, y que decía así:

Amigo Arturo:

Asuntos del trabajo impedirán a Matilde ir a casa a la hora acostumbrada y me ha encargado te lo diga. Al mismo tiempo, te ruego retengas a Pepe. ¡Que no se vaya hasta que haya podido hablar con él!

Gracias de tu amiga,

Eva

Después de enviar esta carta, corrió a casa de Jorge.

Al advertir que el criado se negaba a dejarla entrar, comprendió en seguida que ya estaba allí Matilde, y entró a viva fuerza.

En efecto, allí estaba Matilde, sentada en un sofá al lado de Jorge y ante un velador lleno de copas y botellas.

Tanto Matilde como Jorge se sorprendieron, pero de modo muy distinto. Jorge pensó: "Se

me disputan." Y Matilde: "Ha venido a espiarme."

—Siéntese usted, Eva—dijo Jorge—. Voy a pedir al criado un coctel que estoy seguro les ha de gustar a las dos.

Entretanto, Pepe escuchaba complacido las palabras de Eva, que le transmitía Arturo. Se alegró mucho al saber que deseaba verle. Aquejlo equivalía a hacer las paces. Pero Arturito, que era un buen amigo de Pepe, no pudo contenerse, y añadió:

—No puedo consentir que te engañen, Pepe. Lo que acabo de decirte es lo que me ha dicho Eva en la carta. Pero yo he averiguado la verdad. Eva está en casa de ese maldito Jorge.

—En su casa? ¡Imposible!—repuso Pepe con plena fe—. Eva puede haber ido a cenar con él a un restaurante, pero entrar en su casa estoy seguro que no lo ha hecho.

Arturo insistió en lo contrario y Pepe mantuvo su opinión.

Al fin resolvieron ir a casa de Ward para poner las cosas en claro.

* * *

Ya había vuelto Jorge al lado de sus invitadas, cuando los tres oyeron la voz de Arturo, dándose cuenta del tremendo conflicto que de súbito se les había presentado.

Matilde, que, una vez en el terreno, comenzaba a arrepentirse de su travesura, se descompuso al oír la voz de su marido.

A Eva, con su acostumbrada serenidad, se le ocurrió el modo de salvar la situación.

Abrió la primera puerta que encontró y le dijo a Matilde:

—Pasa ahí y procura tranquilizarte. Yo me cuidaré de arreglarlo todo.

Y permaneció firme cuando Pepe y Arturo aparecieron en el umbral.

Arturito sonrió como diciendo: "¿Ves como tenía razón?" Y, entretanto, Pepe contemplaba a Eva. Después, su vista pasó al rostro de Ward, donde se fijó con insistencia y después puso los puños donde había puesto los ojos.

El puñetazo que recibió de Ward fué devuelto con creces, y de tal dureza dieron muestra sus puños, que Jorge determinó ponerse en fuga.

—Oyeme, Pepe—dijo entonces Eva—. Estoy aquí por cuestiones del negocio. Prueba de ello es que Matilde está aquí conmigo, en este otro cuarto.

Al oír el nombre de Matilde, Arturito dió un salto.

—¡Te prohíbo que mezcles el nombre de mi mujer en estos vergonzosos asuntos! Busca otra disculpa, aunque yo ya he recomendado a Pepe que no preste oído a ninguna.

—No es disculpa—repuso Eva con energía.

Entonces abrió Arturo la puerta del cuarto que Eva le señalaba y el asombro de la muchacha fué inmenso cuando oyó que Arturo, después de mirar por toda la habitación, decía:

—Aquí no hay nadie, señora, y, como he dicho antes, le prohíbo que use el nombre de mi mujer para sus subterfugios.

Y Eva vió cómo Arturo cogía del brazo a su novio y cómo éste se dejaba arrastrar por él.

Después oyó la puerta.

Luego no oyó nada, porque cayó desvanecida.

* * *

Al oír el ruido de la puerta, Matilde salió de debajo de la cama, donde se había escondido.

Pasó al salón donde las tristes escenas se habían realizado, y, al ver a Eva tendida en el suelo, se apresuró a auxiliarla.

En seguida se dió cuenta de lo innoble que había sido con su generosa amiga, y, en un arranque de arrepentimiento, se juró a sí misma salvar a Eva, aun a costa de su propia felicidad.

Y, ayudada por Jorge, que había acudido a sus gritos, acomodaron a Eva en un sillón y comenzaron a luchar por hacerla volver en sí.

Pero Dios es justo e hizo que Arturito tomara de casa de Ward un sombrero que no era suyo, y volvió para cambiarlo.

Al oír la voz de su mujer, entró en el salón y vió que, en efecto, estaba allí con Ward y separada de él por un sillón en el que, por estar de espaldas, no sabía si había alguien sentado.

Ward, temiendo que el juego de antes se repitiera, se dió a la fuga inmediatamente, dejando a Arturito con la boca abierta y contemplando a Matilde.

—Pero, ¿estabas aquí?

Tuvo energía para responder:

—¡Naturalmente, estúpido! Trataba de telefónearte cuando en mala hora has llegado. Dios haga que no nos cueste a todos el empleo.

—¡Quién iba a suponer!...—se disculpó Arturo.

—Corre a contárselo todo a Pepe antes de que se vaya, si no se ha ido ya.



... acomodaron a Eva en un sillón....

Y Arturito echó a correr, balbuciendo disculpas.

Llegó cuando Pepe salía de su cuarto provisto de dos maletas.

Se lo contó todo. Pero Pepe estaba ya tan escamado, que no creía nada.

Entonces Arturo resolvió entretenérlo hasta

que su mujer y Eva llegaran, y lo consiguió.

No se hicieron esperar.

Y entonces sí que fué difícil a Pepe no dejarse convencer.

Primero hubo de luchar con Matilde. Y después con Eva.

Y había tal resplandor de sinceridad en los



Y había tal resplandor en los ojos de su novia...

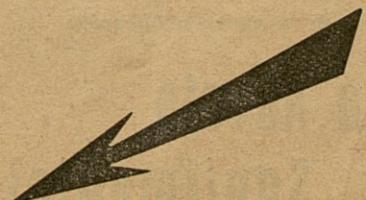
ojos de su novia, que no pudo menos de soltar las maletas y utilizar los brazos para rodear con ellos el cuerpo de su prometida.

Y al día siguiente fueron los cuatro a trabajar.

En cambio, Jorge Ward no volvió por el almacén.

FIN

Recuerde estos títulos:

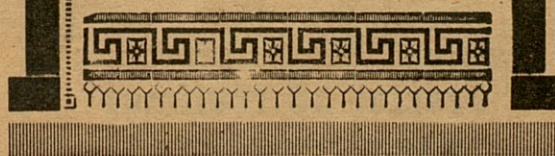


Cristina, la holandesita

v

**¡Viva Madrid,
que es mi pueblo!**

que aparecerán en breve en las selectas **Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica.**



Gran éxito

de la nueva publicación

La Novela Sentimental

*Bellísima colección de asuntos que
cautivarán al lector.*

Inmejorable presentación.

Colaboradores de calidad.

*Portadas formadas con las mejo-
res fotografías de las «estrellas»
del «cine».*

Novedad insuperable, como de

Ediciones BISTAGNE .

*que no tiene rival en la presenta-
ción de sus publicaciones.*

Precio: 30 céntimos

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Selección

Su precio será de 15 céntimos
y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!